

Encuentro con Juul

Paco Abril

Llegan con puntualidad estricta. Se trata de un grupo de 25 escolares que acuden, muy interesados, a ver la exposición de un cuento. El grupo de hoy es de sexto de Primaria. Los recibo en la amplia entrada que antecede a la sala de exposiciones.

Su profesora solicitó la visita con un mes de antelación. El número de demandas desbordó las previsiones más optimistas. Las muestras de cuentos completos, que organiza el Departamento de Programas Educativos de la Fundación Municipal de Cultura del Ayuntamiento de Gijón, se han consolidado como una de las actividades más solicitadas y novedosas de cuantas oferta esta institución para los escolares.

Vienen a ver, a oír y a hablar sobre Juul, un relato escrito por el recientemente fallecido Gregie de Maeyer e ilustrado con fotografías de las esculturas creadas para esta historia por Koen Vanmechelen, editado en España por la editorial Lóguez.

Las cinco muestras anteriores, El domador de monstruos, El canto de las ballenas, Ferdinando el toro, El regalo, y Flon-Flon y Musina, se presentaron como exposiciones de pintura, es decir, en cuadros cuidadosamente enmarcados, integrando siempre imagen y texto, y colocados en la pared, a una altura de alcance visual del público infantil.

La exposición sobre Juul supuso un complejo trabajo de preparación. La mayor dificultad consistía en reproducir, guiándose por las fotografías del libro, las esculturas de madera de Vanmechelen. La tarea era hartamente complicada. Nadie se atrevía a llevarla a buen término. Fue el artista gijonés Juan Stové, entusiasmado por la singular propuesta estética del cuento, quien se decidió, al fin, a poner en tres dimensiones las ilustraciones del libro.

Stové consiguió reproducir, con precisa meticulosidad y fidelidad, las esculturas originales y demás elementos del libro

(silla de ruedas, cochecito de bebé...), pero otorgándoles, a la vez, un extraordinario toque creativo. El crítico de arte Rubén Suárez, escribió al respecto: "Juan Stové ha devuelto al volumen escultórico las reproducciones impresas en el papel y realmente el resultado es impresionante. Hasta el punto de que podría pensarse que son las fotografías las que han sido tomadas de la escultura. [...] Un trabajo excepcional y nada fácil".

Antes de pasar a la sala donde se ubica la exposición sobre Juul, les hago a los niños y niñas una pregunta que les sorprende: "Decidme...¿os gusta que os insulten?" Se produce un silencio de miradas interrogantes y sonrisas que no se atreven a convertirse en francas risas. "Qué pregunta más tonta", parecen decir. "¿A quién le va a gustar que le insulten?", leo en sus caras.

Prosigo con otra pregunta: "¿Puede decir alguno o alguna de vosotros que nunca ha insultado a nadie?". No se rompe el silencio, aunque ahora se miran de reojo o bajan la vista con cierto disimulo, algunos incluso avergonzados, como si hubieran sido pillados en flagrante delito.

Ante el silencio a mis preguntas añado: "Está claro que a nadie le gusta ser insultado, pero que todos sin excepción, hemos insultado a alguien alguna vez. Responded, por favor, ¿cómo os sentís cuando os insultan?". Ahora todos y todas quieren hablar, aunque antes les pongo una condición a sus respuestas: "No vale decir la palabra mal".

Preparando esta actividad, me di cuenta de que hay palabras tapón. Palabras que, al decirlas, cierran o tapan la posibilidad de expresar con amplitud y profundidad nuestros sentimientos. Por ejemplo, mal, tal y como suele utilizarse, es un vocablo insaboro, inodoro e insípido. Apenas expresa nada. Igual pasa con bien. En este sentido, es una simpleza decir que España va bien o que va mal, pues nada aportan esas generalizaciones anodinas y ambiguas sobre la situación real del país.

Destapada así la botella de lo que sienten ante el insulto, se desparrama el líquido. Entre otras cosas, dicen: "Siento tristeza en el alma". "Es como si me partieran por dentro". "Siento rabia, dolor, pena". "Me veo como si fuera el patito feo". "Me entran ganas de pegar a quien me insulta". "Se me pone un nudo en la garganta". "Me entran ganas de llorar". "Es como si me estuvieran clavando algo en la barriga". "Es como si desapareciera de

repente el cielo azul". "Dan ganas de pegarles patadas a las cosas". "Siento vergüenza".

En muchas de estas visitas me acompañaron tres estudiantes de cuarto de Pedagogía que han escogido hacer sus prácticas sobre la explotación didáctica de este cuento. Ellas han tomado nota en su cuaderno de campo de todo lo que los niños y niñas han dicho.

Ya está el grupo preparado para encontrarse con Juul. Les invito a pasar. Se sientan en el suelo, en el centro de la sala exclusivamente dedicada a albergar exposiciones dirigidas a la infancia.

Las esculturas se muestran sobre peanas de madera especialmente diseñadas para esta exposición. El texto, reproducido en tablillas, también de madera, se halla colocado encima de cada peana.

Comienzo a contarles la historia de ese muñeco desplazándome entre los elementos expositivos. A medida que avanza la narración se hace un silencio cada vez mayor. Ni un murmullo, ni un carraspeo, ni un susurro enturbian ese silencio. La historia de Juul les conmueve. Pero, ¿de qué trata Juul?

Juul es un muñeco de madera del que todos se ríen. Así, se mofan de sus rizos –"¡Hilo de cobre! ¡Tienes mierda en el pelo! ¡Caca roja!"–; de su cabeza pelada –"¡Bola de billar. Canica. Huevo!"–; de sus orejas –"¡Dumbo! ¡Abanícalas! ¡Échate a volar!"–; de sus ojos... Juul anhela ser querido.

Todos los seres humanos necesitamos sentirnos valorados, aceptados, queridos y respetados por los demás. Si nos dicen que somos muy torpes, que no valemos para nada, que somos unos incapaces, o nos humillan riéndose de nosotros es como si nos fueran rompiendo a trocitos por dentro. Las humillaciones, las ofensas y las burlas pueden sumirnos en la desolación y hacernos sentir tan desdichados que lleguemos a desear arrancarnos ese pelo que los demás han comparado con un estropajo; o esas orejas con las que afirman podríamos volar, o esa lengua que tartamudea al tropezar con el miedo.

Los otros son un espejo en el que nos vemos reflejados. Si la imagen que nos devuelven es positiva, nos sentimos optimistas, alegres, con ganas de vivir y de mejorarnos a nosotros mismos y

al mundo entero. Si, por el contrario, la imagen es negativa, podemos desear hacer desaparecer lo que a los otros no les gusta. Esto es lo que le sucedió a Juul. Se fue arrancando lo que a los otros no les gustaba de él. Juul se mutiló poco a poco, impulsado por la crueldad de los demás, hasta quedarse sin cuerpo.

Parece el relato de una autodestrucción, de alguien que pretende acabar consigo mismo. Sin embargo, no es así. Juul se mutila impelido por las pullas, las vejaciones y el acoso de sus compañeros.

Juul es una historia de amor. Anhela ser querido y, a la vez, desea querer a los otros, desea su proximidad, su acercamiento. Por ellos destroza su cuerpo. Arranca de sí mismo lo que le separa de los demás. Puede que algún adulto piense que es un plato demasiado fuerte para las mentes infantiles, o quizá crean que los niños y las niñas no van a comprender la historia, pero, ¿cómo no van a comprender algo que viven cada día en su centro de enseñanza o en su casa?

Por eso no necesitan que se les lleve de la mano para leer este libro. Este cuento puede convertirse en un impresionante centro de interés para reflexionar con los niños y las niñas sobre las vejaciones, los insultos, las humillaciones o demás aspectos de la violencia entre escolares, como he pretendido hacer al preparar este encuentro con Juul.

Como ya se dijo, el cuento ha sido ilustrado utilizando fotografías de una escultura de madera que representa al protagonista. La figura y el tratamiento gráfico son todo un hallazgo creativo. el libro se convierte, gracias a estas imágenes, en un gran poema visual.

Vuelvo al relato. Insisto: Juul es una historia de amor. Termina con la esperanza que otorga el afecto. Juul y todos y todas las Juuls del mundo pueden reconstruirse cuando alguien, con todo el cariño que no han recibido, les pregunte: "¿Qué te ha pasado, Juul?", como hizo Nora, la niña que recogió al muñeco, lo llevó a casa, lo curó, lo acarició y le dijo cosas bonitas.

Al acabar de relatarles la historia, les pregunto a los escolares, en caliente, qué han sentido al escucharla. Las estudiantes de Pedagogía anotan sus impresiones. Destaco algunas: "Es muy triste, muy tremendo". "Me dio mucha pena".

"Es muy exagerado, es violento". "Es depresivo. Es un reflejo de lo que pasa en la clase. Un cuento muy realista aunque sea muy duro". "Es muy fuerte, pero es lo que pasa todos los días en el cole".

No doy nada por sabido y, por esta razón, les pido que me expliquen qué es para ellos insultar. "Decir una palabrota", contestan varios al unísono. Muchos niños y niñas, sobre todo los de edades inferiores a 11 años hacen esa escueta definición del insulto.

Entonces les pregunto: "¿Son palabrotas mosquito y alambre?". "No", responden rápidamente. "Y si digo –continúo–: "Tienes un cerebro de mosquito" o "Tus patas son de alambre", ¿forman parte ahora estas palabras de un insulto?" Contestan afirmativamente. Entonces insisto en mi primera pregunta. Afinan ahora su definición. "Insultar es decir palabras que ofenden o molestan a otra persona", concluye una niña. Todos comparten su explicación, que se acerca mucho a la del diccionario de la Real Academia Española. Insultar: "ofender a uno provocándolo o irritándolo con palabras o acciones".

La definición del diccionario nos permite ir de excursión por el áspero campo semántico del insulto, por el paraje de las palabras que muerden.

Una vez en clase, algunos han abierto el diccionario y se han puesto a caminar por él. Descubrieron en su andadura que insultar es ofender, sí, pero también lastimar, herir o hacer daño, agraviar, molestar, perjudicar, incomodar, avergonzar, abochornar, faltar, provocar, recriminar, maltratar, vejar, jorobar, angustiar, preocupar, avasallar, atropellar, humillar, acosar, irritar...

La lista de malas hierbas de este campo semántico sería extensa y diversa, pero podemos comprobar que todas ellas tienen algo en común: denotan empequeñecimiento o minusvaloración de la persona a la que se insulta. El ofendido se siente rebajado, disminuido en su dignidad. Tal y como se sintió Juul.

Antes de terminar de hablar sobre el cuento con los niños y niñas, les pido que me digan qué representa Nora, la niña que recoge y cuida a Juul al final de esta historia. Hay una gran coincidencia. Nora representa o significa para ellos el cariño, el

afecto, la amistad, el amor, los cuidados, la piedad, la generosidad, la esperanza, la comprensión, la ayuda, la vida ("Porque darle afecto –dijo una niña – es como otorgarle vida").

Aunque lo más sorprendente es que, en cada visita, siempre hubo quien dijo que Nora significaba la reconstrucción de Juul. Gracias a Nora, afirmaron, Juul se va a reconstruir.

Continua la actividad, les pido que respondan por escrito a las breves preguntas de un cuestionario. Sus respuestas nos van a informar sobre los insultos que reciben en el ámbito familiar y escolar. El cuestionario consta de cinco preguntas. Las tres primeras se refieren a las agresiones verbales; las dos últimas, al grado de satisfacción de los encuestados consigo mismos. Las preguntas son éstas:

–Escribe lo que menos te gusta que te llamen en casa.

–Anota lo que menos te gusta que te llamen tus compañeros/as.

–Escribe lo que menos te gusta que te llamen tus profesores.

–Imagina que puedes cambiar alguna parte de tu cuerpo, ¿cuál cambiarías?

–Imagina que puedes cambiar algo de tu forma de ser, ¿qué cambiarías?

He recogido más de mil respuestas, cuyo estudio detallado excedería el espacio de este artículo. Resumo las conclusiones.

En casa, proliferan, sobre todo, los insultos entre hermanos, aunque los padres no suelen quedarse a la zaga. Si el 47% de los padres españoles consideran que "algunas veces es imprescindible pegar a los niños", ¿cómo no van a ejercer esa otra violencia precursora de los castigos corporales que es el insulto?

Vago, vago (que el 85% de los encuestados escriben con b) es lo que más suelen llamarles los padres a los niños y a las niñas. También imbécil, desobediente, bobo, cabezón. No les he pedido aquí que resalten las expresiones de amenaza, las cuales serían motivo de otra investigación.

Arrecian los insultos entre los compañeros, esto es, entre iguales. Los escolares viven sumergidos en el océano del insulto cotidiano. El insulto en la infancia, nada o poco investigado, es, sin embargo, el pan de cada día. En un estudio noruego publicado con el título de "Conductas de acoso y amenaza entre escolares" (uno de los escasísimos que se han escrito sobre el tema) se afirma que los niños o jóvenes a quienes se acosa o agrede en la escuela pueden presentar alguno de estos indicios: les gastan (repetidamente) bromas desagradables, les llaman por apodos (es posible que se les conozca también por algún nombre malsonante), les insultan, menosprecian, ridiculizan, desafían; les denigran, amenazan, les dan órdenes, les dominan y subyugan; son objeto de burlas y risas desdeñosas y hostiles.

Ésta es la única referencia en todo el texto a los insultos, lo que no deja de sorprender, sobre todo si pensamos, que el insulto precede, casi siempre, a la agresión. Así lo afirman los autores del magnífico libro *El arte del insulto*: "El insulto, en todas las sociedades, constituye una parte indispensable de un rito de violencia. Es el combustible que va calentado progresivamente el ánimo de los contendientes hasta llegar al punto de saturación que libera la agresividad directa".

El insulto es una agresión. Como bien dijo un niño de 9 años, en redonda definición, "Insultar es pegar con palabras". Pues bien, es entre escolares, es decir, entre los supuestos iguales, donde las agresiones verbales proliferan a sus anchas, donde más se manifiestan concepciones, creencias y prejuicios. Son, en este caso. un retrato social, un test psicológico. Por eso podríamos afirmar: decidme cómo insultáis y os diré qué pensáis.

No es de extrañar que la ofensa que más se utiliza entre los niños y niñas (incluso entre los más pequeños) sea la de llamar a los demás hijo de puta y sus muchísimos derivados. Coincide con las conclusiones de los autores de *El arte del insulto*: "Las prostitutas, seguidas de los homosexuales masculinos, siempre se han llevado la parte del león en la historia del insulto hispánico".

Aparte de tan arraigado vituperio, "el más asiduo de nuestra vida cotidiana", hay, por supuesto, otra gran constelación de insultos que son constante moneda de cambio entre nuestros escolares. Tales como mongol, idiota, subnormal, amorfo, que minusvaloran la personalidad. Abundan también los que

pretenden ridiculizar el aspecto físico, como virolo, bizco, gordo, cara moco...

Los insultos son nítidas radiografías donde se refleja lo que valoramos y detestamos socialmente. En un país tan redomadamente machista como es el nuestro, no es de extrañar que la homosexualidad sea lo peor que puede reprochársele a un hombre. Uno de los peores agravios es, por lo tanto, llamar a un varón maricón. Es normal que la lengua, con su léxico de agua, haya empapado la institución escolar. Llamar marica o maricón a un niño es, por lo tanto, parte del léxico común de nuestros escolares.

Los profesores suelen ser el grupo más comedido a la hora de insultar. Se juegan mucho en ello, claro está. En el momento de expresar las cosas desagradables que les llaman los profesores, fue donde un mayor número de niños escribió: "No me llaman nada". No nos engañemos, sin embargo; también hay abundancia de agresiones verbales de parte de los maestros. Los que más resaltan son los referidos al comportamiento escolar y al estudio, tales como vago (muy frecuente), tonto, charlatán, burro, sinvergüenza, ignorante..., y todos aquellos que tienden a minusvalorar la capacidad intelectual de sus alumnos.

Como anécdota curiosa, citaré a una maestra que, al ver a sus alumnos rellenando la encuesta y, para curarse en salud, me dijo: "Bueno, yo suelo llamarles vagos, estúpidos, torpes y tontos algunas veces, pero es para que no se duerman en los laureles y espabilen".

Y estas delicadezas, faltaría más, aparecieron claramente reflejadas en las encuestas de sus espabilados alumnos.

La segunda parte de este pequeño cuestionario se refería a lo que cambiaría cada uno de su físico o de su carácter. Se lo presenté diciéndoles que imaginaran que acababa de entrar un mago que les diera la posibilidad de cambiar algún aspecto de su cuerpo o de su forma de ser. "¿Qué cambiaríais?", les preguntaba.

Se abre aquí un nuevo campo de investigación referido al grado de satisfacción con uno mismo. Si aceptamos, como decía Aristóteles, que la felicidad es estar satisfecho con uno mismo, la infelicidad tendrá mucho que ver con todo eso que no aceptamos de nuestro aspecto o de nuestro comportamiento. Habría que

averiguar cómo construimos la imagen de nuestro propio cuerpo y de nuestra forma de ser en general, pues, como afirma J.A. Marina, "lo que pensemos sobre nosotros mismos determinará lo que realmente seamos".

En cuanto al cuerpo, existen algunas diferencias entre los niños y las niñas en sus respuestas. Ellas mejorarían sus dientes, su pelo, sus piernas y serían más delgadas. Ellos también sus dientes (obsesión de moda), sus orejas, sus músculos y su altura.

Con respecto a la forma de ser, se conocen más a sí mismos de lo que parece, lo cual es un síntoma de madurez. Los niños y las niñas quieren, en general, ser más inteligentes, menos agresivos, más valientes, decir menos tacos, tener menos dificultades para estudiar...

La reconstrucción

Tras la encuesta, pasamos a reconstruir a Juul. Les proporciono papel de colores, tijeras y barras de pegamento. Les propongo que, con esos elementos, confeccionen un sencillo muñeco, un Juul de papel. Construyen, con esta técnica de collage, muñecos que cobran vida al unir sus piezas. Juul ha sido así simbólicamente resarcido. Cuando terminan, se exponen sus trabajos para que todos puedan verlos al salir.

Seguimos con una propuesta de expresión corporal. Les sugiero que representen con su propio cuerpo los diferentes estados de ánimo de Juul. Hacen estatuas de arrancarse el pelo, de quitarse las orejas, de quedarse sin ojos. Expresan la tristeza de sentirse humillado o la alegría de sentirse comprendido.

Les explico, por último, cómo medir la temperatura del insulto y la agresividad en su clase. Usamos como medida la percepción subjetiva de cada uno. Establecemos una valoración de 0° a 10°; donde 0° serían nulos insultos y agresividad y 10° sería el paroxismo, lo insostenible; 5° la media, casi lo normal, lo aguantable, etc.

Cada uno y cada una da una nota. Luego sacamos la media. En un grupo donde predomina el respeto y la maestra procura que los escolares resuelvan los conflictos entre ellos, salen 4,5 grados de temperatura del insulto, es decir, una temperatura muy baja. En otra clase, que viene una hora después, la temperatura se eleva ya a 7,5 grados de agresividad en la escala de Juul.

Ha pasado una hora y media desde que el grupo iniciara su visita. Trato de decirles que con esta propuesta terminamos la actividad. No me permiten acabar, "Pero si acabamos de llegar", protestan; "si sólo pasaron diez minutos". Han estado tan metidos en la historia de Juul y en las propuesta que han ido desarrollando, que han perdido la noción del tiempo. Como despedida, les digo: "Os pido que, cuando lleguéis al cole, en vuestra clase, le escribáis a Juul una carta. Se la haré llegar a todos esos y esas Juul que existen, que quizá son de vuestro colegio, están a vuestro lado, podéis verlos todos los días, pero no veis el sufrimiento que están pasando. Será una carta regalo, en la que le contéis cómo habéis vivido esta historia y si tiene alguna relación con la vuestra".

Y enviaron una montaña de cartas en las que expresaron cómo percibieron el relato de Juul y de qué manera entendieron lo que en él se cuenta. Veamos un botón de muestra:

"Querido Juul:

Me llamo Sandra y tengo 12 años. En primer lugar, quiero agradecer a Nora, por todo el cariño que te está dando. Tu historia es muy fuerte y triste. Tus amigos, mejor dicho enemigos, te rechazaron como eras y creo que no es normal. Quiero que sepas que siempre hay alguien que te quiere; aunque tengas que buscar mucho, lo acabas por encontrar. Si ellos no te quieren, peor para ellos.

A mí tampoco me aceptaron cuando vine a Gijón, porque yo soy de Burgos y cuando todos me llamaban hamburguesa en vez de burgalesa, eso me molestaba.

También decían que tenía paletos largos y que parecía un conejo. Yo me ponía a llorar y empecé a coger complejo. Siempre me quedaba sola en los recreos y me apetecía tirarme al suelo y romperme todos los dientes. Por suerte, ahora todas son mis amigas y no se fijan en mis dientes. Tú deberías haber hecho lo mismo, pero ahora que tienes el cariño de Nora, reconstrúyete".

Cierro así esta breve crónica en la que he pretendido mostrar cómo un cuento puede convertirse en un proyecto educativo de primer orden.

Paco Abril es escritor, cuentacuentos; creador y director del suplemento infantil La Oreja Verde; y Director de Programas Educativos de la Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular del Ayuntamiento de Gijón.

Pegar con palabras
(Sobre el acoso escolar)

PACO ABRIL

El acoso escolar se ha convertido de la noche a la mañana en un tema de apremiante actualidad. Si seguimos las inquietantes noticias que nos ofrecen los medios de comunicación, tal se diría que este problema hubiera surgido de repente, por generación espontánea. Y da la sensación, también, de que éste es un mal que afecta sólo a los adolescentes, quedando los niños pequeños inmunes a ese virus de violencia entre escolares.

Servicios

[Enviar esta página](#)

[Imprimir esta página](#)

 [Contactar](#)

[Anterior](#) [Volver](#) [Siguiete](#)

Pero el acoso es tan antiguo como la escuela. Es imprescindible, si de verdad se quiere afrontar con rigor el problema, tener en cuenta las importantes investigaciones en las que se han analizado estas relaciones de subyugación y no partir de cero, como si esta enfermedad social hubiera sido traída casi ayer por extraterrestres.

En el invierno de 1998, el Departamento de Programas Educativos de la Fundación de Cultura, presentó en Gijón la exposición Juul, un cuento sobre el maltrato entre iguales. Desde entonces esa exposición no ha parado de recorrer la geografía española, convirtiéndose en un excelente relato motivador que ha permitido a más de veinte mil niños y adolescentes de diferentes edades y lugares reflexionar sobre esta grave epidemia. También a los adultos les ha servido para extraer significativas conclusiones a partir de las cuales abordar el problema.

«Juul» es un relato de una gran dureza. Cuenta la historia de un muñeco de madera que se va destruyendo poco a poco por culpa de las humillaciones continuas de sus compañeros. «Es un cuento muy fuerte», comentó al oírlo una niña de 9 años, «pero es lo que ocurre casi todos los días en el patio de mi colegio».

Todos los seres humanos necesitamos sentirnos queridos y valorados por los demás. Si nos humillan, riéndose de nosotros, es como si nos fueran rompiendo a trozos por dentro. Las humillaciones, las ofensas y las burlas pueden sumirnos en la mayor desolación y hacernos sentir tan desdichados que hasta lleguemos a desear desaparecer del mundo. Los otros, sobre todo los iguales, son un espejo en el que nos vemos aceptados o rechazados.

Donde arrecian las ofensas es entre compañeros. Nuestros escolares respiran sin parar el

aire del insulto cotidiano. El insulto en la infancia, poco o casi nada investigado, es su pan de cada día.

En el que es quizás el primer estudio sobre el acoso escolar, escrito por el noruego Dan Olweus, se resalta que los niños o jóvenes a los que se les acosa o agrede en la escuela pueden presentar alguno de estos indicios: les gastan repetidamente bromas desagradables, les llaman por apodos y es posible que se les conozca con algún nombre malsonante. Los insultan, menosprecian, ridiculizan, denigran, amenazan, los dominan y subyugan y son objeto de burlas y risas desdeñosas y hostiles.

El insulto suele preceder siempre a la agresión. Así lo afirman los autores del magnífico libro «El arte del insulto». «El insulto, en todas las sociedades, constituye una parte indispensable de un rito de violencia. Es el combustible que va calentando progresivamente el ánimo de los contendientes hasta llegar al punto de saturación que libera la agresividad directa».

Pero el insulto también es una agresión. Como muy bien dijo un niño de 9 años en redonda definición: «Insultar es pegar con palabras».

Y es entre escolares, es decir, entre los supuestos iguales, donde los ataques verbales proliferan a sus anchas.

No es de extrañar que la ofensa que más se utiliza entre los niños (incluso entre los más pequeños) sea la de llamarse entre ellos hijos de puta y sus innumerables derivados.

Aparte de tan arraigado vituperio, «el más asiduo de nuestra vida cotidiana», hay, por supuesto, otra gran constelación de afrentas verbales, que minusvaloran la personalidad o ridiculizan el aspecto físico de los escolares.

Los insultos son contundentes radiografías en las que se refleja lo que valoramos y detestamos. En un país tan machista como el nuestro, es normal que la homosexualidad, a pesar de las grandes transformaciones sociales que hemos vivido, siga siendo lo peor que puede reprochársele a una gran mayoría de hombres. Uno de los peores agravios es, pues, llamar a un varón maricón. La lengua, con su léxico de agua, ha empapado la institución escolar. La escuela es un reflejo de la vida social. Los niños no son extraterrestres. Traen a la escuela lo que ven, viven y aprenden en sus relaciones familiares, en la televisión o en la calle.

¿Y qué ven? ¿Qué viven? ¿Qué aprenden?

Ven, viven y aprenden que hay una permisividad con quienes agreden a los demás con palabras en sus propias casas, en la calle o en los estadios deportivos.

Ven una televisión donde el insulto, las voces, los gritos, el escarnio se han convertido

en el fundamento de algunos programas sin más fundamento.

Que, por ejemplo, ese rey Midas de la televisión llamado Sardá nos haya hecho tragar la rueda de molino de que el buen hacer televisivo pasa por los insultos y la degradación, y que haya obtenido por ello el apoyo de la audiencia, da una idea del caldo de violencia verbal, generadora de la física, en el que se cocina gran parte de las influencias agresivas que reciben nuestros niños. Lo peor de programas como éstos, no es su infantilismo, su estulticia, su insulsez, lo peor es que se han convertido en un ejemplo de conducta. Los niños que no los ven a la hora en que se emiten, los reciben en forma de píldoras concentradas en resúmenes y machaconas repeticiones.

Las conclusiones a las que hemos llegado junto con los padres y maestros que han participado en lo que llamamos proyecto Juul, son, en apretada síntesis, las siguientes:

Que el acoso entre iguales, el «bullying», es un problema que afecta a los niños desde edades bien tempranas, y no sólo en la adolescencia. La intervención contra la violencia debe empezar, pues, desde la cuna.

Que insultar es pegar con palabras, y que el insulto es el generador de violencia física. Que hay que reflexionar con los niños sobre el acoso y sus efectos. Los cuentos, y el trabajo desarrollado con Juul es un ejemplo, pueden ser grandes motivadores de esa necesaria reflexión imprescindible para erradicar prejuicios, cambiar actitudes, modificar conductas.

Que, aunque se manifieste sobre todo en la escuela, es un problema que tiene su origen y su apoyo fuera del ámbito escolar. La falta de respeto con la que se tratan muchas parejas delante de sus hijos, las agresivas manifestaciones deportivas, los enfrentamientos entre los representantes de los partidos políticos, son ejemplos claros de esas influencias, de esas vivencias, de esos aprendizajes de los que los niños se irán empapando poco a poco y que llevarán al centro escolar.

Que supone una conducta de dominio contraria a toda democracia: un agresor somete a una víctima a un estado de sumisión y de humillación permanente. Es una relación propia de una dictadura.

Que se produce una degradación moral en la víctima, que puede sufrir alteraciones graves en su salud (depresión, trastornos de la alimentación, vómitos constantesÉ) y hasta conducirlo al suicidio, como sucedió con Jokin, el joven de Hondarribia cuyo suicidio hizo saltar todas las alarmas.

Que se pervierten las relaciones sociales al construirse sobre la ley del más fuerte.

Que cuanto más sepamos sobre esta enfermedad social mejor podrán buscarse remedios para evitar o reducir sus demoledores efectos.

Como dijo Gracián, «no hay monstruosidades sin padrinos». Son muchos los padrinos de esa monstruosidad llamada acoso escolar. El entorno escolar es sólo un reflejo muy sensible del entorno social. Por eso nos asusta ver a nuestra sociedad reflejada en ese espejo, y por eso se buscan las causas sólo en los centros escolares.

La historia de “Juul” tiene su origen en una breve noticia, publicada en un diario belga: Un chico de 13 años se suicida después de haber sufrido vejaciones a manos de otros niños.

El libro de Gregie de Maeyer y Koen Vanmechelen, aparentemente duro, es una cálida y comprometida llamada de atención para que los lectores, no solamente niños, reflexionen sobre la crueldad y la violencia que, cada vez con más frecuencia, se da entre los propios niños también en España.

“Juul” es un proyecto pedagógico, en el que han participado instituciones como el Ateneo Técnico de Tongeren (creando las figuras de madera) y el Instituto de Ciencias de la Educación de Hasselt (Limburgo).

La Fundación Municipal de Cultura de Gijón también ha creado su propio proyecto pedagógico partiendo del libro y de las esculturas de Juan Stové, artista gijonés, que ha reproducido las fotografías de las esculturas creadas para esta historia por Koen Vanmechelen (Veáse artículo de Paco Abril en nº 111 de la revista CLIJ).